

juramento de la nueva alianza... Queremos ser un pueblo de hermanos inseparables, sea cualquiera la necesidad ó el peligro que nos acometa. (Todos lo repiten, levantando tres dedos.) Queremos ser libres, como nuestros padres lo fueron, y antes morir que la esclavitud. (Lo repiten.) Ponemos nuestra confianza en Dios Todopoderoso, y no tememos poder ninguno humano. (Todos lo repiten, y se abrazan.)

STAUFFACHER. — Que cada cual siga ahora en paz su camino, para reunirse con sus amigos y compañeros. Quien sea pastor, que haga invernar tranquilo su ganado, y se granjee en silencio amigos para nuestra alianza... Sufrid cuanto sea menester, hasta que llegue el instante deseado. Dejad que se aumente la cuenta de los tiranos, hasta que venga el día en que paguen de una vez la deuda de todos y la particular de cada uno. Que todos refrenen su justa cólera, y guardad vuestras venganzas personales para la general venganza, porque se hace reo de robo contra la república quien, antes que al interés de ésta, atiende al suyo. (Mientras se separan callados, tomando por tres caminos diferentes, la orquesta toca una marcha brillante. La escena se queda vacía algún tiempo, y ofrece el espectáculo del sol levante sobre los montes de hieto.)

### ACTO III.

#### ESCENA PRIMERA.

Patio ante la casa de Tell.

TELL tiene en la mano un hacha de carpintero, y EDUVIGIS está ocupada en trabajos de su sexo. GUALTERO y GUILLERMO juegan en el fondo con una ballesta pequeña.

GUALTERO. (Cantando.) — «A la luz de los primeros rayos de la aurora, armado de su arco y sus flechas, atraviesa el cazador los montes y los valles.

»Como el buitre es el rey en el imperio del aire, así domina el cazador, sin traba alguna, en los precipicios y en las montañas.

»Suyo es el vasto espacio; y cuanto hiere su flecha, ya corra, ya se arrastre, es presa suya.» (Llega saltando.) Se me ha roto la cuerda. ¡Arrégla-mela, padre!

TELL. — ¡Yo no! El buen cazador no necesita ayuda para esto. (Déjense los niños.)

Eduvigis. — Pronto se ensayan en tirar esos niños.

TELL. — El que quiera ser maestro, ha de ejercitarse en su oficio desde la infancia.

EDUVIGIS.—¿Quisiera Dios que jamás lo aprendiesen!

TELL.—Han de saberlo todo. Quien desee vivir tranquilo, ha de estar preparado para la defensa y para el ataque.

EDUVIGIS.—¿Ay de mí! Ninguno vivirá en paz en su casa.

TELL.—Mujer, no puedo subsistir de otra manera. La naturaleza no me ha hecho para el oficio de pastor. Sin descansar he de perseguir un objeto, que siempre huye, y sólo disfruto verdaderamente de la vida cuando la recobro de nuevo cada día.

EDUVIGIS.—Y no piensas en las angustias de tu esposa, que te espera, mientras tanto, llena de zozobra. Infúndenme harto horror lo que me cuentan tus criados de tus peligrosas correrías. Tiemblo cada vez que te ausentas, temiendo no verte más. Imagínote en los montes cubiertos de nieve, perdido, saltando de peñasco en peñasco, ó arrastrándote la gamuza á los abismos, al volverse hacia atrás, ó que te sorprende una avalancha, ó que se hunde la nieve engañosa y te sepulta vivo en horrenda sima. ¡Ah! ¡Bajo mil formas acecha la muerte al audaz cazador de los Alpes! Es una ocupación funesta la que, con riesgo continuo, te atrae al fondo del abismo.

TELL.—Quienquiera que, sereno, sabe atender á cuanto lo rodea, y pone su confianza en Dios, y es fuerte y ágil, se libra fácilmente de contratiempos y de peligro. La montaña no asusta al que ha nacido en ella. (Ha terminado su trabajo, y deja la herramienta.) Ahora ya, según creo, tenemos puerta para años. Con esta hacha á mi disposición, me ahorro llamar al carpintero. (Coge el sombrero.)

EDUVIGIS.—¿A dónde vas?

TELL.—A Altdorf, á casa de mi padre.

EDUVIGIS.—¿No te preocupa ningún proyecto peligroso? ¡Connésamelo!

TELL.—¿Por qué lo dices, mujer?

EDUVIGIS.—¿Se trama algo contra los baillios?... Se han reunido en Rutli; lo sé, y tú eres también de los conjurados.

TELL.—Yo no estuve allí... pero si la patria me llama, no seré sordo á su voz.

EDUVIGIS.—Siempre te señalarán un puesto arriesgado. Lo peor te tocará en suerte, como siempre.

TELL.—Cada uno contribuye con lo que puede.

EDUVIGIS.—Durante la tempestad, pasaste á uno de Unterwald de una á otra orilla del lago... Escapasteis por milagro... ¿Es posible que nunca te acuerdes de tu mujer y de tus hijos?

TELL.—Pensaba entonces en ellos, querida esposa: salvaba yo á un padre con hijos.

EDUVIGIS.—¿Navegar en el lago alborotado! Esto no es confiar en Dios, sino tentar su paciencia.

TELL.—El que reflexiona mucho lo que ha de hacer, nada hace.

EDUVIGIS.—Sí; tú eres bueno y servicial; á todos ayudas, y, cuando necesites á los demás, nadie vendrá en tu auxilio.

TELL.—¿Quiera Dios que á nadie necesite! (Toma su ballesta y sus flechas.)

EDUVIGIS.—¿Para qué llevas ahora la ballesta? ¡Déjala ahí!

TELL.—Me parece que me quedo sin brazo cuando no la llevo. (Los niños se acercan.)

GUALTERIO.—Padre, ¿á dónde vas?

TELL.—A Altdorf, muchacho, á Egni... ¿quieres acompañarme?

GUALTERIO.—¿Sí, sí!

EDUVIGIS.—El Gobernador está allí ahora. No vayas á Altdorf.

TELL.—Hoy mismo la deja.

EDUVIGIS.—Que se vaya, pues, antes. No le llames la atención, porque, como sabes, no nos quiere bien.

TELL.—Su mala voluntad no puede perjudicarme mucho. Yo obro honradamente, y á nadie temo.

EDUVIGIS.—A los hombres de bien aborrece más que á los otros.

TELL.—Porque no encuentra motivos para ofenderlos... Creo que ese caballero me dejará en paz.

EDUVIGIS.—¿Estás seguro de lo que dices?

TELL.—No hace mucho que cazaba yo en los solitarios precipicios de Schächenthal, en donde no se veía huella alguna humana, y siguiendo un sendero abierto en los peñascos, en el cual no me era posible retroceder, porque sobre mi cabeza se elevaba la roca tajada, y á mis pies bullía el torrente de un modo horrible. (Los niños se acercan á él, y lo rodean, escuchando con la más viva curiosidad.) El Gobernador venía también por allí en dirección opuesta, tan solo como yo, hombre contra hombre, y á nuestro lado el abismo. Cuando me vió y me conoció, porque me había castigado con el mayor rigor por liviana causa poco antes, y notó que, bien armado, me aproximaba á su encuentro, palideció, temblaron sus rodillas, y comprendí que estaba á punto de despeñarse... Entonces me compadecí de él; me acerqué con humildad, y le dije: «Soy yo, señor Gobernador.» Ni una sola palabra pudo el pobre articular... Con la mano, en el más profundo silencio, me hizo señal de que prosiguiera mi camino; yo pasé, y le envié su acompañamiento.

EDUVIGIS.—Ha tembrado en tu presencia... ¡Ay de tí! Jamás te perdonará que hayas sido testigo de su debilidad.

TELL.—Por eso yo evitaré verlo, y él no me buscará.

EDUVIGIS.—¡No vayas hoy allá! Caza mejor.

TELL.—¿Qué se te ocurre?

EDUVIGIS.—Siento una angustia indecible. No vayas.

TELL.—¿A qué afligirte sin razón alguna?

EDUVIGIS.—¿Sin motivo? ¡Tell, quédate aquí!

TELL.—He prometido ir allá, querida mía.

EDUVIGIS.—Vé, pues, si es preciso... pero déjame aquí el niño.

GUALTERIO.—No, madrecita, me voy con mi padre.

EDUVIGIS.—Gualterio, ¿te atreves á abandonar á tu madre?

GUALTERIO.—Te traeré de Eñni un regalito. (Se va con su padre.)

GUILLERMO.—Yo me quedo contigo, madre.

EDUVIGIS. (Abrazándolo.)—Sí; tú eres mi hijo querido, tú eres el solo que me quedas. (Vase á la puerta del patio, y los sigue largo tiempo con la vista.)

## ESCENA II.

Lugar montuoso y solitario; cascadas se precipitan desde las rocas.

BERTA, de cazadora, y poco después RUDENZ.

BERTA.—¡Me sigue! Al fin puedo explicarme.

RUDENZ. (Presentándose de repente.)—Gracias sean dadas á Dios, que os encuentro sola, y que nos rodean abismos por todas partes. En esta soledad no temo que me interrumpa testigo alguno, ni me impida acabar con el silencio abrumador, que tanto me ha afligido...

BERTA.—¿Estáis seguro que no nos siguen los cazadores?

RUDENZ.—Quedan allá lejos... ¡Ahora, ó nunca! Es preci-

so aprovechar esta ocasión favorable... Ha de decidirse mi suerte, aunque me separe para siempre de vuestro lado... ¡Oh! No troquéis en iracundas vuestras dulces miradas... ¿Quién soy yo para elevar hasta vos mis osados deseos? Nada ha hecho la fama en mi favor, y no me atrevo á igualarme con los caballeros, que, brillantes y gloriosos, os pretenden. Sólo poseo mi corazón, que rebosa de amor y abnegación...

BERTA. (Formal, y ceñuda.)—¿Podéis hablar de abnegación y de amor, descuidando tanto vuestros más sagrados deberes? (Rudenz se retira.) ¿El esclavo del Austria, vendido al extranjero, opresor de sus súbditos?

RUDENZ.—¿Es posible que oiga yo estas palabras de vuestros labios? ¿A quién, sino á vos, busco yo en este partido?

BERTA.—¿Y pensáis hallarme entre los traidores? De mejor grado daría yo mi mano al mismo Gessler, el tirano, que al hijo desnaturalizado de la Suiza, que se convierte en instrumento del opresor.

RUDENZ.—¿Dios mío! ¿Quién lo pensará!

BERTA.—¿Cómo? ¿Hay algo que interese más al hombre que sus deudos? ¿Hay algún deber más imperioso para los nobles corazones, que defender la inocencia y amparar á los oprimidos?... El alma se me contrista al recordar á vuestro pueblo; sufro con él, porque debo amarlo, por su modestia y su energía. Arrastra mi ánimo por completo, y lo venero más cada día... ¡Pero vos, á quien la naturaleza y los deberes de caballero obligan á protegerlo, y, sin embargo, lo abandonais; y sois el infiel, que se pasa al enemigo, y forja cadenas para su patria! Vuestra conducta me ofende y me entristece, y hasta he de violentarme para no odiaros.

RUDENZ.—¿No deseo yo el bien de mi país? En paz, bajo el cetro poderoso del Austria...

BERTA.—¿Intentáis hacerlo esclavo? ¿Arrebatat á la libertad su último refugio? Mejor comprende su dicha el pueblo, y ninguna apariencia engañosa perturba su seguro instinto. Lo envolvéis en una red.

RUDENZ.—¿Berta! ¿Me odiáis, y me despreciáis?

BERTA.—Más valdría que lo hiciera... Pero ver despreciado y digno de desprecio, á quien se amaría con la mejor voluntad...

RUDENZ.—¿Berta! ¿Berta! Después de mostrarme el más alto pináculo de ventura, me precipitáis en seguida en el abismo.

BERTA.—No, no; aun no se han extinguido en vuestro pecho por completo los sentimientos más nobles. Duermen, y es menester despertarlos. Habéis de contradeciros con energía para ahogar en vuestra alma su ingénita virtud. Por fortuna es más fuerte que vos, y á pesar vuestro, sois bueno, y sois hidalgo.

RUDENZ.—¿Tenéis confianza en mí? ¡Oh Berta! vuestro amor es y será todo para mí.

BERTA.—Sed lo que os manda la próvida naturaleza. Ocupad el lugar que os señala entre vuestros compatriotas y vuestro país, y luchad en defensa de sus sagrados derechos.

RUDENZ.—¡Ay de mí! ¿Cómo pretenderos, cómo poseeros, si me opongo al poder del Emperador? ¿No es la voluntad influyente de vuestros deudos la que dispone á su albedrío de vuestra mano?

BERTA.—En los cantones radican mis bienes, y seré libre, si lo es también Suiza.

RUDENZ.—Berta, ¿qué perspectiva me ofrecéis?

BERTA.—No esperéis poseerme mediante el favor del Austria, porque sólo se preocupa de mi herencia y de quien ha de disfrutarla, casándose conmigo. La misma codicia de territorio, que quiere aniquilar vuestra libertad,

me amenaza también... ¡Oh, amigo mío! Destinada estoy quizás á ser la víctima propiciatoria que recompense á algún favorito. Se proponen arrastrarme á la corte del Emperador, en donde tienen su asiento la falsedad y las intrigas, y allí me esperan las cadenas de un odioso himeneo. ¡Sólo el amor... sólo vuestro amor puede salvarme!

RUDENZ.—¿Y podríais resolveros á vivir aquí, á ser mía, en mi propia patria? ¡Oh Berta; mi único anhelo en este mundo era llamaros mía! Os buscaba en el sendero de la gloria, y mi ambición era sólo mi amor... Pero si os decidís á encerraros en estos valles pacíficos, y renunciar á las vanidades terrenales... ¡oh! entonces he logrado mi mas vivo deseo, y la corriente alborotada del mundo puede estrellarse en esta segura orilla... Ningún afán transitorio siento ya en medio de la vasta extensión de la vida. ¡Ojalá que estas rocas formen á nuestro rededor infranqueable muralla, y que sólo este valle aislado quede expuesto al cielo y á la luz!

BERTA.—Ahora eres tú como mi corazón sensible te habia soñado; mi fe no me habia seducido vanamente.

RUDENZ.—¡Adiós, pues, necia ilusión, que me engañaste! En mi patria encontraré mi mayor ventura. Aquí, en donde pasó alegre mi infancia, en donde árboles y fuentes se ostentan llenos de vida, aquí, en mi patria, ¿quieres ser tú mía? ¡Ay de mí! Siempre la amé. Conozco que, sin ella, no hubiese habido para mí placer ni dicha alguna.

BERTA.—¿En dónde se hallarán las Islas afortunadas, si no están aquí, en esta mansión de la inocencia? ¿Aquí, en donde habita la lealtad antigua como en su propio domicilio, en donde la falsedad es desconocida? La envidia no enturbiará la fuente de nuestra felicidad, y las horas correrán para nosotros siempre tranquilas... Te considero revestido de la verdadera dignidad humana, el primero entre tus iguales, hombres libres, tributándote puro y sin-

cero homenaje, y grande como un soberano en su reino.

RUDENZ.—Y yo te contemplo reina de todas las mujeres, seductora en tus quehaceres domésticos, una gloria mi casa, y como la primavera prodiga sus flores, así tú, con tu gracia y tu belleza, vivificarás y encantarás á cuanto te rodea.

BERTA.—Ya sabes la causa de mi aflicción, cuando te veía destruyendo con tus manos tu propia y suprema ventura... ¡Ay de mí! ¡Cuán deplorable no fuera mi destino, si yo hubiese de seguir á su castillo sombrío á ese orgulloso caballero, tirano de mi país?... Aquí no hay ningún castillo, ni murallas que me separen del pueblo, cuya dicha es mi voto más ardiente.

RUDENZ.—Pero ¿cómo salvarme... cómo desatar los lazos, que yo mismo me he preparado en mi delirio?

BERTA.—¡Rómpelos con energía varonil! ¡Suceda lo que quiera... quédate con tu pueblo! ¡He ahí tu puesto! (Suena á lo lejos trompas de caza.)

### ESCENA III.

Un prado, cerca de Altdorf; árboles, en el primer término del fondo, y, detrás, un sombrero en el extremo de un palo. El Baunberg limita por detrás el horizonte, y se alza sobre esa cadena de montañas un pico, cubierto por la nieve.

FRIESSHARDT y LEUTHOLDO hacen centinela.

FRIESSHARDT.—En vano esperamos. Nadie pasará por aquí y saludará al sombrero. Ayer habia tanta gente como en una feria; hoy está desierta esta pradera, desde que se ha puesto ahí ese espantajo.